TRES HERMANOS

PETER ACKROYD

TRES HERMANOS

Traducción de Tomás Fernández Aúz
y Beatriz Eguibar

edhasa

Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: Three Brothers

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición: septiembre de 2016

© Peter Ackoryd, 2013
© de la traducción: Traducción de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar
© de la presente edición: Edhasa, 2016
Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-1237-9

Impreso en Huertas

Depósito legal: B. 11545-2016

Impreso en España

ÍNDICE

Capítulo I: Queso y pepinillos 9

Capítulo II: Vía libre. 21

Capítulo III: Comienza mi vida 45

Capítulo IV: ¿Tienes hambre?. 61

Capítulo V: Un tití 77

Capítulo VI: Hazme un hueco 97

Capítulo VII: Rojo, rojo petirrojo 113

Capítulo VIII: ¿Qué te pasa? 129

Capítulo IX: Bien puede el gato mirar a la reina…. . . 145

Capítulo X: ¡No hay más remedio que hacerlo así!. . . 163

Capítulo XI: Fácil de llevar. 181

Capítulo XII: La diosa del viento 193

Capítulo XIII: ¡Monito descarado! 207

Capítulo XIV: Tu querida salchichita 219

Capítulo XV: No aguantes tanto 231

Capítulo XVI: Un auténtico pedazo de pan 243

Capítulo XVII: Un culo de mal asiento 257

Capítulo XVIII: ¡No me digáis que ese cielo no parece un decorado! 273

Capítulo XIX: Está empezando a llover 281

Capítulo XX: Un alegre calavera 291

Capítulo XXI: Sorprendentemente bueno 301

Capítulo XXII: Todo es posible 309

I

Queso y pepinillos

A mediados del siglo pasado vivían en el barrio londinense de Camden tres hermanos, tres chicos que se llevaban un año de diferencia. Les unía, sin embargo, un hecho extraordinario. Habían nacido a la misma hora del mismo día del mismo mes: a mediodía del 8 de mayo para ser exactos. La posibilidad de que suceda algo parecido es muy remota, inverosímil incluso. Pero así era. Al nacer el tercer hijo, el periódico local tomó nota de la coincidencia, y surgieron habladurías sobre los muchachos Hanway. ¿Estaban marcados de algún modo? ¿Había entre ellos alguna especie de invisible comunión, aparte de su afinidad natural?

Desde luego, a sólo cuatro o cinco años del fin de la guerra, la lucha diaria seguía siendo patente en el vecindario, así que el interés no tardó en diluirse. En cualquier caso, había otras diferencias entre los chiquillos –diferencias de temperamento, de inclinación– que no tardaron en manifestarse. No obstante, estas disparidades eran aún leves y maleables. Todavía no habían tenido tiempo de convertirse en motivo de grandes desacuerdos u hoscas desavenencias.

Los tres muchachitos eran aún lo suficientemente jóvenes, y casi de la misma edad, de modo que disfrutaban de las mismas diversiones. Solían trazar con tiza los recuadros del juego de la rayuela en la acera que bordeaba su casita de la calle

Crystal. Jugaban con vehemente concentración a canicas en la cuneta. Endurecían las semillas de los castaños de Indias con jugo de pepinillos y salmuera para jugar al «gallito» y ver cuál era la más resistente. Hacían carreras en los terrenos comunales, en la linde del ayuntamiento al que pertenecían. Exploraban los solares desiertos que flanqueaban la vieja vía férrea y caminaban lenta y cautelosamente entre los escombros de un refugio antiaéreo abandonado.

En las parcelas públicas practicaban también el antiguo juego de la «gallinita ciega». Uno de ellos se vendaba los ojos enrollándose una bufanda en la cabeza y repetía una conocidísima cantinela mientras los demás trataban de alejarse todo lo posible. Al terminar la perorata, los corredores tenían que quedarse totalmente quietos. Entonces el que llevaba la venda quedaba obligado a encontrarles, y el primero al que tocara pasaba a ser la «gallinita» y el juego volvía a empezar.

Una tarde en particular, Sam, el más joven de los tres, se hallaba de pie, con los ojos tapados, y empezó a decir en voz bien alta el conjuro inicial.

«Conocí a un hombre que no estaba.
Y que hoy tampoco está.
Ojalá, ojalá que se marchara.
¡Y allá voy, tanto si listos estáis como si no…!»

★ ★ ★

Tras pasarse uno o dos minutos rastreando, atrapó al fin a su hermano mayor, Harry. Pero el juego no les causaba ya auténtica emoción. Lo habían practicado demasiadas veces. En vista de eso, y poniéndose tácitamente de acuerdo, lo dejaron.

–Escucha –dijo Sam–, ¿qué queréis ser los dos de mayores?

–Yo quiero ser piloto.

–Y yo detective.

–¿Sabéis una cosa? –les contestó Sam–. Yo no quiero ser nada.

El cielo estaba ensombreciéndose y un frío ramalazo de viento cruzó de pronto la era comunal, grávido de lluvia.

–Venga –dijo Harry, señalando el refugio antiaéreo abandonado–, «pongámonos a cubierto. Tengo cerillas. Podemos hacer una hoguera. Mamá no nos echará de menos hasta la hora de la merienda. ¡Encendamos un fuego que dure eternamente!

–Te reto a que lo hagas.

–Y yo doblo la apuesta.

Y así, uno por uno, en fila india, siguiéndose uno a otro, se metieron bajo tierra.

★ ★ ★

Tenían un pequeño huerto en la parte de atrás en el que investigaban la vida de las tijeretas y otros insectos. Al fondo de este cercado había una vieja fuente de piedra que solía llenarse con la lluvia y en ella criaban los hermanos los renacuajos que atrapaban en el estanque que había al extremo del descampado comunal. Se ponían juntos, cabeza con cabeza, y escudriñaban aquella agua turbia mientras su dulzón aliento de regaliz se mezclaba con el húmedo olor a musgo y cieno. Intentaban cultivar alubias y guisantes en la huerta, pero los brotes se ponían mustios y terminaban pudriéndose. En una palabra: la suya era una infancia londinense. Nunca habían visto montes ni cascadas, pero vivían seguros en su mundo de piedras y ladrillos.

Conocían instintivamente las fronteras de su territorio. De una determinada calle al norte o de otra al sur no había que pasar. No habrían sido bienvenidos. Pero en los límites de su pequeño universo se movían perfectamente a sus anchas. Conocían cada desconchón de la acera, cada fachada, cada gato

de la vecindad, ya rondara por los canalones o dormitara en los alféizares. Conocían, o cuando menos reconocían, a la mayoría de las personas con las que se cruzaban. Había pocos extraños en el barrio. Vivían rodeados de rostros familiares.

Ni un solo foráneo que tuviera la ocurrencia de cruzar la barriada habría salido de ella con una impresión definida. Era un barrio de casas baratas, construido en los años veinte, con hileras de viviendas de ladrillo rojo de dos pisos. Eso era todo. Un puñado de pequeños establecimientos interrumpía una de las filas de casas: un quiosco, una peluquería y una carnicería, entre otros, y en las esquinas de las callejuelas se apostaban tiendas de ultramarinos o bares. En la calle en que vivían los Hanway había un puesto de pescado con patatas y una panadería. El barrio olía a años de polvo, lluvia, humo de fogata y gasolina. No lo animaba el sonido de los coches, sino el rumor de los tranvías y el carro del lechero, con el claro y distante bramido de Londres cerniéndose en alguna parte, a la vuelta de la esquina. Poseía el melancólico sosiego de los barrios pobres, y sin embargo, para los tres hermanos, valía la pena estudiarlo con el mayor de los detenimientos. Daba pie a toda forma de curiosidad, sorpresa e incluso deleite en ocasiones. El eje de la existencia de los muchachos era diminuto, pero brillaba con luz propia. Y alrededor se extendían las calles infinitas, cuya presencia les pasaba casi inadvertida.

Sus primeros recuerdos de infancia eran diferentes. Harry se acordaba de habérselas ingeniado para cruzar solo y sin ayuda la alfombra del pequeño salón, mientras sus padres le colmaban de palabras de ánimo y elogio, sentados en un sofá amarillo. Daniel, el hermano mediano, recordaba que le habían sacado del cochecito de niño para alzarlo en volandas a la luz del sol, en la que había tenido la sensación de ascender vertiginosamente. El primer recuerdo de Sam era el de haber caído sobre un trozo de cristal roto que le había provocado un cor-

te en la pierna y hecho llorar con la visión de la sangre. De haber llegado a compartir sus respectivos recuerdos quizás hubiesen alcanzado a comprender en parte el pasado que compartían. Pero se contentaron con esos fragmentos.

Fueron al mismo colegio elemental, un edificio de ladrillo rojo agazapado junto a una iglesia de rasilla gris, al que los alumnos accedían por dos porches independientes marcados con sendos rótulos de «Chicos» y «Chicas» labrados en letra gótica. La escuela olía a jabón y a desinfectante fenólico, pero las aulas estaban siempre sucias y en total desbarajuste, con las estanterías y ventanas cubiertas por una pálida capa de polvo.

Los tres muchachos estudiaban en cursos distintos, de acuerdo con su edad, y en el recreo no se ocupaban de confraternizar. Harry era el más sociable, y por tanto el más popular de los hermanos. Se reía por todo y contaba con un círculo de conocidos a los que entretenía sin dificultad. Daniel tenía dos amigos predilectos, con los que siempre andaba sumido en graves cavilaciones. Coleccionaban billetes de autobús y tarjetas de cigarrillos, y no paraban de buscarles puntos de comparación y diferencia. En cambio Sam, el menor, parecía contentarse con permanecer a solas. No buscaba la compañía de los demás chicos, y ellos a su vez le dejaban en paz. Además, Sam gastaba bastante mal genio. Una mañana, a la puerta de la escuela, un chico hizo un comentario al ver que Sam había rasgado su chaquetón de colegial. Sam le arreó un puñetazo y le tiró al suelo. Sus dos hermanos fueron testigos de la escena, y se pusieron de su parte, como corresponde.

Cuando la madre desapareció, Harry Hanway tenía diez años, Daniel nueve y Sam ocho. Un buen día en que regresaron del colegio a última hora de la tarde se encontraron la casa vacía. Harry hizo bocadillos de queso y pepinillos. Se sentaron en torno a la mesa de la cocina y aguardaron. Pero no se presentó nadie.

★ ★ ★

Su padre, Philip, tenía un empleo de guarda de seguridad nocturno en la ciudad. Siempre salía de casa por la tarde, hacía escala en un pub de la calle principal de Camden, y después cogía el autobús de las oficinas principales del barrio financiero, en las que trabajaba. Se ponía el uniforme azul marino, sacándolo de uno de los armaritos que había al final del recibidor, y después se sentaba detrás de un imponente despacho situado en el centro del vestíbulo. Siempre llevaba lápiz y papel consigo. Tras unos minutos de concentración empezaba a escribir, lenta y titubeantemente; al final se detenía por completo. Y durante el resto de la noche se dedicaba a fumar y a contemplar las musarañas.

Corría el tercer año de la guerra cuando le llamaron a filas, pero en realidad no pasó de Middlesborough, donde le destinaron al cuartel de artificieros. Continuó en ese puesto hasta el fin de la contienda, momento en el que regresó a Londres con el peso de la paga militar en el bolsillo. Había crecido en el barrio de Ruislip, pero no tenía la menor intención de regresar allí. En Ruislip había aguardado impaciente a que arrancara de una vez la vida con mayúsculas, así que en lugar de permanecer allí se marchó al Soho. Se creía destinado a la literatura. Siendo un muchacho había dedicado varias semanas a la lectura de una traducción inglesa de *El conde de Montecristo*. Había devorado el libro, página por página, eufórico y aterrado por los inesperados giros de la trama. Al día siguiente de haber terminado la novela empezó a escribir un relato de su propia cosecha. No llegó a terminarlo. Colocó las páginas manuscritas en una caja de galletas, y allí siguen en el momento en que redacto estas líneas. Sin embargo, no sucumbió al desaliento. Empezó a escribir otras historias, pero nunca conseguía darles un remate satisfactorio. Y cuantos más chascos se llevaba,

más intensa se volvía su ambición. Se consolaba recordando las últimas palabras de *El conde de Montecristo*: «¡Confiar y esperar!».

Emigró por tanto al Soho en busca de editores, de revistas, de colegas de profesión, de críticos, de cualquier tipo de estímulo: no estaba seguro de por dónde debía tirar. Alquiló una habitacioncita en la calle Poland y se dio el gusto de entregarse a lo que a sus ojos eran las maravillas de la vida bohemia. Se levantaba tarde; tomaba café en sucios tascuchos; se apoltronaba en pubs sombríos y se ensimismaba en el arte de apurar a sorbos medidos una jarra Guinness. Sin embargo, era incapaz de escribir una sola línea. Se sentaba en la mesa plegable de su habitación, lápiz en ristre, pero no encontraba tema alguno.

Cuando empezaron a escasear los dineros de la paga buscó un empleo en el barrio. Trabajó de camarero en el Horn of Plenty, un bar de la calle Greek que era la guarida predilecta de un grupo de vecinos del Soho, bebedores empedernidos y dados a armar gresca un día sí y otro también.

Philip Hanway se sentía feliz en ese ambiente. Se tenía por escritor y disfrutaba de las anécdotas de los periodistas y los redactores publicitarios que frecuentaban el pub. Fue entonces cuando conoció a Sally Palliser. La chica trabajaba en una pastelería, o mejor dicho, una *patisserie* de la calle Meard. Él había pasado delante del escaparate de la dulcería, en el que se exhibía un amplio surtido de tartas de almendras, bollitos y hojaldres, y la había visto coger con suma delicadeza un bizcocho de cabello de ángel para un cliente. Lo primero que le impresionó fue su grácil forma de moverse tras el mostrador y los sutiles pliegues que dibujaba la falda cuando se inclinaba hacia delante. A la mañana siguiente se detuvo frente al establecimiento, abrió la puerta de alegres colores y pidió un macarrón. A partir de ese día se pasó dos semanas entrando a primera hora con el pretexto de hacerse con alguna golosina.

Sally quedó anonadada cuando Philip le dijo que era escritor. Tenía ante sí a un hombre joven de porte muy elegante, traje gris, sobretodo gris y sombrero de fieltro también gris.

–Me gusta el gris –dijo Philip–. Me permite eclipsarme.

–Vaya, ése sí que es un comentario interesante.

–Prometo decirle siempre cosas interesantes. No puedo evitarlo.

–¿Y qué voy a decirle yo?

–Usted sólo tiene que sonreír.

La primera vez que la invitó a salir, ella pidió un cóctel de ginebra con angostura y se puso a fumar Woodbines. Esto entusiasmó a Philip. Fueron a bailar al Rainbow Room de Holborn, donde ponían discos de Harry Chapman y su Orquesta. Tres meses después, y pese a la rotunda desaprobación de los padres de ella, Sally se mudó a la habitacioncita de Philip.

«No está bien vivir en pecado», le había dicho su madre. «No sacarás nada bueno de ahí. Acuérdate de lo que te digo.» La madre siempre exigía a la hija que recordara sus palabras: «¿Y de qué vais a vivir? ¿De carne en lata y alubias estofadas?»

Lo cierto es que había un puesto de pescado con patatas en la calle Dean. Y además los pasteles eran gratis. Al terminar el día, Sally traía a casa los que se quedaban un poquito pasados.

Tras una violenta discusión con el personal del Horn of Plenty, Philip Hanway perdió el empleo.

–¿Adónde vas? –le había preguntado el dueño.

–Me voy *a la calle*. Para siempre. –Quiso dar un portazo, pero la puerta se quedó bamboleándose sin fuerzas de un lado a otro.

–Bueno –le dijo a Sally al regresar a casa–, al menos ahora podré concentrarme en mis libros. Ella dio por supuesto que a él no le importaría sobrevivir con su magro sueldo.

Al comprender que estaba embarazada le entró el pánico. Preguntó por algún practicante de abortos, y en el Soho había varios, pero los rumores de graves heridas, e incluso de desenlaces fatales, la disuadieron.

–A veces –le dijo una amiga–, te meten una aguja de calcetar por dónde tú ya sabes.

–¡Au!

–¿Has visto alguna vez un feto muerto? Parece un topo.

Y así fue como se salvó Harry.

Sally contó a sus padres lo de su embarazo antes de decírselo a Philip. Quería ponerle ante un ultimátum familiar. Por tanto, cinco semanas más tarde, Sally y Philip se casaban en el registro civil del callejón de Saint Martin. Philip se esforzó entonces en buscar trabajo, solicitando una plaza de vigilante nocturno. Siendo recién casados, la pareja rellenó una instancia para poder aspirar formalmente a una casa de protección oficial, y ante su gran alivio la gestión salió adelante. Así fue como se mudaron a Camden, donde cuatro meses después venía Harry al mundo.

Los tres hermanos permanecieron en silencio alrededor de la mesa de la cocina. Sam jugueteaba con dos gomitas que traía atadas.

–Me voy a tomar un trago de gaseosa –dijo Harry–. ¿Alguien quiere un poco?

–¿Dónde está mamá? –le preguntó Daniel.

–Me parece que se ha retrasado –contestó. Un viejo despertador desgranaba ruidosamente los segundos junto al fregadero–. Papá sabrá lo que hay que hacer.

A Philip Hanway no pareció sorprenderle demasiado la desaparición de su mujer. «Ha salido a dar una vuelta», dijo a sus hijos. Y no añadió nada más. No les dio ninguna otra explicación. De hecho, no volvió a hablar de ella. Siguió trabajando como vigilante nocturno, así que los chicos apenas le

veían. Al crecer se acostumbraron a cuidar de sí mismos. Philip les daba algún dinero de bolsillo y ellos hacían fondo común con él. Pasados unos cuantos meses olvidaron que su vida había sido distinta en el pasado.

Sin embargo, en los días inmediatamente posteriores a la desaparición de Sally, Sam permaneció muy callado. Por las mañanas, una espesa niebla salía al paso de los chicos camino de la escuela, y a su amparo Sam sollozaba en silencio sin que los otros se enteraran. No dijeron nada a los compañeros del colegio ni a los profesores. Respecto al asunto de su madre mantenían el más hermético mutismo. Algo había sucedido; algo inmenso y abrumador. Pero no podían hablar de ello. Y los vecinos, curiosamente, no parecieron darse cuenta de la ausencia de Sally. Los tres hermanos quedaron abandonados a su suerte.

★ ★ ★

Un año después de la desaparición, Harry pasó, como esperaba, a la moderna escuela secundaria que se alzaba al otro lado del barrio. Había superado el examen de ingreso, pero sin sobresalir en ninguna de las asignaturas. Cambió de uniforme y empezó a coger el autobús por las mañanas. Un año después, Daniel hacía los mismos exámenes y conseguía calificaciones mucho más altas.

Daniel parecía tener una inclinación natural al estudio, y le encantaba leer. A menudo, mientras Harry y Sam se atareaban practicando algún deporte o jugando en la era, Daniel se quedaba en un rincón con un libro. Podía decirse que en esto salía al padre. Sin embargo, Philip apenas tenía idea de la recluida vida que llevaba su hijo. Daniel acudía regularmente a la biblioteca pública que había junto a la raya del municipio y todas las semanas se traía a casa una selección de novelas de

aventuras y cuentos populares. Alargó todo cuanto pudo el plazo de préstamo de todos los tomos de la *Arthur Mee's Children's Encyclopaedia*, y se juró memorizar su contenido.

Su aplicación se vio recompensada al anunciarse, una vez aprobado el examen de ingreso, que había obtenido plaza en el Instituto de Camden. De haber estado allí, su madre se habría puesto a bailotear con él por toda la cocina y le habría levantado en vilo, apretando su nariz contra la suya. Philip se contentó con darle un simple apretón de manos y media corona. Harry le tomó el pelo diciendo que era un colegio para empollones. Sam ni siquiera mencionó el asunto.

Pero se había producido un cambio en la familia Hanway. Daniel tuvo que contender con los chicos de su edad. Tuvo que competir. Le ponían deberes todas las noches y no le quedaba más remedio que sentarse en la mesa de la cocina mientras Harry y Sam correteaban a sus anchas. Se volvió más reflexivo y circunspecto: veía la vida como una sucesión de vallas alineadas para obligarle a saltarlas.

Por esa época empezó Harry a jugar al fútbol con el equipo del colegio. Disfrutaba con la emoción de hacer regates con el balón, con un pase medido y con el repentino chupinazo a puerta. Le encantaba ejercitar el cuerpo: así materializaba en el mundo el don que poseía. Arengaba a voces a sus compañeros, gritaba a los jueces de línea y daba alaridos de triunfo con cada uno de los goles que marcaba su equipo. Vivía en un universo ruidosamente expresivo. La sensación física que le procuraba el movimiento le chiflaba. Gozaba notando la lluvia, el viento y el sol mientras cruzaba a toda velocidad el campo.

En esto era muy distinto a sus hermanos. Poco a poco, la íntima conexión que había entre ellos comenzó a marchitarse. Sam se sumió en su ensimismamiento. Se pasaba las horas muertas haciendo complejos artilugios de madera y cartón.

Aunque no conocía la palabra «melancolía», empezó a sentirla. Solía dar volteretas en su estrecha cama para dejarse atrapar por el vértigo y la desorientación. No hacía carrera en la escuela. Y por cierto: le enviaron a la misma escuela secundaria que a su hermano mayor. No consiguió hacer amigos en ella, y Harry daba la impresión de rehuirle.

II

Vía libre

Harry Hanway dejó la escuela a los dieciséis años, aprovechando la primera oportunidad que se ofrecía a un muchacho como él, ansioso ya por lanzarse de cabeza al mundo. Era vivo, decidido y rebosaba energía. Su alegría y sus fanfarronadas le habían granjeado las simpatías de todos en el colegio. Le nombraron capitán del equipo de fútbol. Había respondido a los empujones de un desagradable matón de clase tirándole al suelo. Usaba giros personales que le identificaban y eran inmediatamente copiados por el resto. Su saludo habitual era: «¿Cómo demonios te encuentras?». Y también acostumbraba a decir, fingiéndose cabreado: «¿Qué diablos?», así que terminaron llamándole Harry Heck.*

–No quiero seguir yendo al colegio –le espetó a su padre al aproximarse el fin de curso–. Quiero ponerme a trabajar.

–Repite eso.

–Quiero ponerme a trabajar.

–Si lo tienes tan claro… –Philip desvió la mirada un instante–. No hay nada peor que un empleo sin salida.

Era domingo por la tarde. Philip Hanway estaba a punto de marcharse a la ciudad. Ahora tenía que trabajar siete noches por semana para poder mantener a la familia.

* Fórmula coloquial del «diablos» que usa Harry. *(N. de los t.)*

–Traeré dinero a casa, papá.

–No es cuestión de dinero. Se trata de ti.

–Pero, papá, ¿qué piensas de los periódicos? Eso es vida, ¿no crees? –A Harry le encantaban los periódicos. Le maravillaba su aspecto, incluso su tacto. Adoraba su olor. Le deleitaban el tamaño de los titulares y las ordenadas filas de caracteres. Le enardecía pensar en los miles de ejemplares que salían de las rotativas para llenar las furgonetas que aguardaban delante. Por las tardes, después del colegio, extendía el *Daily Sketch* en la mesa de la cocina y pasaba lentamente las páginas. A veces leía en voz alta algunos párrafos, igual que los presentadores de los noticiarios radiofónicos.

–¿Repartidor de periódicos? –Daniel estaba garabateando algo en un cuaderno de ejercicios, pero levantó súbitamente la vista y le miró a los ojos.

–¡Cállate la boca!

–Sólo era una pregunta.

–¡Vete a la mierda!

–No hay por qué pelearse –dijo Philip–. Tenemos que pensar seriamente en ello.

–Yo ya lo he pensado en serio.

★ ★ ★

Así fue cómo Harry acabó presentándose en las oficinas del periódico local, el *Camden Bugle*, preguntando si se necesitaba un chico de los recados.

Le sorprendió descubrir que los despachos del *Bugle* se reducían a dos cuartuchos situados sobre la hilera de tiendas de la calle principal, uno presidido por un rótulo que decía «Editorial» y otro marcado con un letrero en el que podía leerse: «Publicidad». Los locales de imprenta se encontraban en una segunda planta, justo encima de una barbería, cuyo emblema,

cubierto de rayas de colores, como un caramelo, se veía desde los escritorios de la «Editorial». El suelo estaba cubierto de un raído linóleo y el interior pedía a gritos una mano de pintura.

Resultó que, por pura chiripa, el *Bugle* necesitaba efectivamente un recadero, dado que el anterior ocupante del puesto acababa de pasarles aviso de que lo dejaba para trabajar en una tienda de ropa de caballero de la calle Bond. El director, George Bradwell, ponía timbre de orgullo el tomar decisiones instantáneas. Y no tardó nada en darse cuenta de que Harry era un jovencito muy espabilado.

–¿Corres o caminas con rapidez? –le preguntó. Su ronca voz parecía brotarle más del pecho que de la garganta.

–Corro, señor, si tengo vía libre.

–Eso está bien. Es lo que debes hacer. –El tipo hablaba con rotundidad, de un modo que a Harry le hizo pensar en los charlatanes de feria que pasaban por Camden una vez al año. George Bradwell no era hombre acostumbrado a que le interrumpieran ni le llevaran la contraria. Le explicó al muchacho lo que se esperaba de él: tenía que coger la «copia» del despacho, llevársela al impresor y después traer la «prueba» de vuelta al *Bugle*. ¿Copia de qué? ¿Prueba de qué? Todo parecía muy misterioso. Después Bradwell le enseñó a Harry unas cuantas páginas mecanografiadas con distintos pintarrajos y símbolos en los márgenes. «Éstas», dijo, «ya tienen apuntes». Harry asintió con la cabeza, como si comprendiera a la perfección lo que le estaban contando. La atmósfera estaba cargada y flotaba en ella un rancio olor a tabaco. «Calle Cadogan.» Había en la pared un gran mapa del barrio sujeto con chinchetas. Blandiendo un amarillento dedo de fumador, Bradshaw señalaba la calle en cuestión. «A la derecha está Lubin, el impresor. Tú sólo dile que eres del *Bugle*. Ah, por cierto, éste es Tony.»

Tony era un hombre de mediana edad y tez colorada, con el indefinible aspecto de quien juzga la vida decepcionan-

te. Enarbolaba con presunción un bigote relamido como un pincel y un mechón de pelo precariamente encaramado a su frente. «Lubin es inconfundible», apuntó. «Es un muchacho judío.» Harry supo inmediatamente que Tony llevaba peluca y empezó a sospechar que se teñía el bigote: daba la impresión de ser un individuo permanentemente embutido en un disfraz.

A su vez, Tony sintió un movimiento instintivo de repulsa hacia el recién llegado: toda persona joven le parecía una amenaza.

Harry no tardó en acostumbrarse a sus deberes. Estaba tan entusiasmado con su nuevo trabajo que no le costó casi nada dominar los detalles de su cometido. Salía disparado del *Bugle* en dirección al local del impresor. Corría de un lado a otro, entre la oficina de la «Editorial» y la de «Publicidad», cogiendo al vuelo las copias de ambos departamentos. En «Editorial», Tony se encargaba de las noticias y George de las entrevistas y las críticas. Un hombre mayor llamado Aldous se ocupaba de los deportes. Aldous apenas hablaba, y a Harry le dio la impresión de que vivía en un estado de pesadumbre autocompasiva. El aire estaba permanente cargado de ansiedad y tensión. Bradwell contestaba el teléfono, presentándose como «redactor jefe» al descolgar. En la cara de Tony se pintaba entonces una sonrisa sarcástica. Bradwell arrancaba muchas veces el sombrero y el abrigo del perchero y salía resueltamente de la oficina. En ocasiones tardaba una hora o más en regresar. Después volvía al trabajo envuelto en una aureola de misterio y de olor a alcohol.

Había siempre, como sonido de fondo, el tableteo de una máquina de escribir. Eran Tony o Aldous, componiendo un párrafo. Aldous cantaba las victorias, o los infortunios, de los Rovers de Camden. Ensalzaba las hazañas de una colegiala del barrio que había ganado una prueba de lanzamiento de jabalina en el norte de Londres. Denunciaba el cierre del bar de la

Asociación de Jugadores de Críquet del municipio. Y todo lo mecanografiaba con un mismo aire de pesar. Tony festejaba el golpe de suerte que había tenido un pensionista de Camden en las quinielas. Relataba el cierre de un pequeño hospital rural de la zona este del barrio. Señalaba que se había robado una gramola en un pub del ayuntamiento. Y se inclinaba sobre la máquina de escribir como un ave de presa.

En general, Harry prefería a los de «Publicidad». Lo dirigía una mujer bajita de marcado acento escocés. A Harry le parecía que Maureen era maravillosamente exótica. Llevaba un río de perlas artificiales en el cabello y según Tony se vestía como si acabara de salir de un escaparate. La llamaba Reina de los Escoceses o Bloody Maureen. La jefa de «Publicidad» supervisaba el trabajo de dos jovencitos que se conducían, siempre de acuerdo con el parecer de Tony, como «esclavos arrojados a sus pies». Un día Maureen oyó la observación. Arqueó las cejas y resopló. Tenía a Tony por «un irremediable chiquillo», según sus propias palabras. «Perdona», dijo, «pero creo que es un tipo muy vulgar. Y esa peluca suya parece un gato muerto». Harry no tuvo más remedio que coincidir con ella.

El mayor de los Hanway disfrutaba de los ratos que pasaba en la imprenta de Lubin. Saboreaba el penetrante olor de la tinta y el constante golpeteo metálico de las máquinas de galvanotipia. Contemplaba la colocación de las curvadas planchas de metal en las prensas y se quedaba mirando el fluir del papel que discurría entre ellas. Era un sitio alegre y rebosante de buen humor, saturado del clamor de las voces y el estrépito de las máquinas. Ése era el universo periodístico que Harry había imaginado: un mundo estridente, emocionante y declamatorio.

★ ★ ★

Una tarde en que Harry volvía andando de la imprenta, después de entregar la última de las copias del día, observó de pronto la presencia de un hombre que caminaba delante de él, enfundado en una gabardina oscura. Debía de tener unos treinta años, o eso aparentaba, pero era de estatura muy inferior a la de Harry y de complexión más ligera. Llevaba una bolsa de la compra en cada mano y se veía que en ellas había algo pesado o que abultaba mucho. Le costaba mantener un paso uniforme y dirigía pausadamente la mirada de un lado a otro. Cediendo a una ocurrencia, o al simple instinto, Harry decidió seguirle. El hombre cruzó la calzada y después empezó a caminar calle abajo, junto a una hilera de casas adosadas de ladrillo rojo. La zona, que ya era bastante lúgubre a la luz del día, se volvía tétrica a última hora de una tarde de invierno. Era una de esas barriadas de Londres en que los rayos del sol parecen no penetrar nunca, un mundo semisubterráneo de intimidad y retiro doméstico. Todas las ventanas se hallaban veladas por visillos, y las puertas de los pequeños recintos ajardinados que orlaban los domicilios habían sido unánimemente cerradas.

Harry sabía que la iglesia de ladrillo de la Virgen de los Dolores presidía el extremo final de aquella avenida de color cárdeno, frente al parquecito. Sospechaba que el hombre estaba a punto de entrar en el parque, pero justo en ese momento le vio desvanecerse en la negra oscuridad del templo mismo. Siguió sus pasos, cruzó el pórtico del edificio, y después se sentó en silencio en uno de los bancos del fondo. La iglesia estaba desierta. El hombre había avanzado lentamente por el pasillo central y se había detenido en la barandilla de madera situada ante el altar. Harry tuvo la impresión de que se había arrodillado y de que había iniciado una plegaria con la cabeza inclinada hacia delante. Pero no era eso lo que estaba haciendo. Harry oyó una serie de roces y crujidos y se percató de que estaba sacando algo de las bolsas. Avanzó hacia el hombre con

cautela y sin hacer ruido. Y entonces, para súbita alarma suya, vio dos bidones grandes de gasolina. No se lo pensó dos veces. Gritó «¡demonios!» y se abalanzó sobre el individuo, tirándole al suelo para sujetarle después contra la barandilla. El hombre le miró con expresión amable y no ofreció resistencia.

El chillido hizo pegar un brinco al coadjutor de la iglesia, que se había adormilado en la sacristía, acunado por el suave perfume de los lirios y la cera de abeja con que se abrillantaba el maderamen. Apareció a la carrera y quedó pasmado ante el espectáculo de un Harry que, subido a horcajadas sobre el extraño, le mantenía sujeto contra el suelo de la iglesia. Harry le sugirió que llamara a la policía. Un simple vistazo a los bidones de gasolina bastó para convencer al coadjutor. «No tengo ninguna prisa», le dijo el hombre a Harry, que seguía sentado sobre él. «¿No crees que este templo es una maravilla?» El lugar estaba adornado y resultaba agradable, repleto de cirios, flores e imágenes. Varias tallas de santos aparecían intercaladas entre las distintas Estaciones del Vía Crucis, y en el pasillo sur se veía el cubículo de madera de un confesionario. «Mi madre tenía la costumbre de frecuentar muy a menudo este lugar. Solía sentarse aquí conmigo. Yo no era más que un niño, claro. Hablamos del 44. Cuando el bombardeo estropeó un poco la obra viva de la iglesia.» El hombre tenía una expresión entre lastimera y grave, como si estuviera tratando de resolver un problema extrañamente sutil. «Recuerdo muy bien las bombas. Nunca me sentí asustado, sabes. Era pura excitación. Una sensación mayúscula.» Su voz, que resonaba entre los muros de la iglesia vacía, era muy dulce. «Yo era uno de los *Blitz Boys*.* ¿No habrás oído hablar de nosotros, por un casual?» Harry sacudió la cabeza. Para él, la guerra era un suceso muy lejano. «Nos

* Llamados así por asociación con los bombardeos alemanes, que formaban parte de la llamada *Blitzkrieg*, o «guerra relámpago». *(N. de los t.)*

ocupábamos de apagar los incendios. Llevábamos cubos de arena y una carretilla. Teníamos barras de hierro para abrirnos paso entre las llamas. Éramos de lo más fiero. Unos verdaderos *tragafuegos*, aunque me esté mal el decirlo.»

El coadjutor regresó con tres policías. Harry se puso en pie y dos hombres se llevaron al individuo. El tercer agente se quedó para tomar declaración a Harry.

★ ★ ★

A la mañana siguiente, Harry le contó lo ocurrido a George Bradwell. Se emocionó tanto con su propio relato que terminó poniéndose de rodillas en el suelo para demostrar la forma en que había placado al pirómano.

–Me parece que podemos sacar una crónica de esto –dijo Bradwell.

–Pero es una historia verídica.

–Una crónica noticiosa. «Reportero del *Bugle* desbarata un ataque incendiario contra una iglesia. La policía elogia su heroísmo.»

–Pero yo no soy ningún reportero.

–Acabas de ser ascendido. –Y al decir esto, Bradwell lanzó una ojeada a los escritorios vacíos de Aldous y Tony. Harry tuvo la sensación de que al jefe no le gustaba demasiado la compañía de aquellos dos–. Sabes sujetar una pluma, ¿verdad? –Harry asintió con la cabeza–. Por ahí se empieza.

En muy poco tiempo, Bradwell le enseñó a construir una crónica noticiosa. Le explicó que debía empezar por los hechos desnudos, exponiéndolos con una frase corta, y que después ya tendría tiempo de ir añadiendo poco a poco los detalles. Le indicó los sitios en que podía enterarse de acontecimientos de interés: el tribunal de justicia, el ayuntamiento, las comisarías de policía, el despacho del forense… Le dio clases de mecanografía

y hasta le envió a un curso para que se iniciara en el arte taquigráfico. Era como si Bradwell estuviera reviviendo las fases iniciales de su propia carrera. Veía en Harry una variante de su propio yo juvenil. Quería que saliera adelante. Y Harry triunfó. Poseía un talento natural para las descripciones vívidas, y buen ojo para saber donde existían probabilidades de que se agazapara una primicia. Se contrató a otro chico de los recados.

Tony se puso furioso al enterarse del nombramiento de Harry. Consideró que le habían puenteado y en último término humillado. Pero no dejó entrever su rabia a quienes la habían provocado. La ocultó tanto a los ojos de Bradwell como a los de Harry, pero le dio rienda suelta ante Aldous. «No sabe escribir», le dijo un día al instalarse en un bar de la zona. «Hace faltas de ortografía. Es un ignorante soplagaitas. Quizá sea marica. ¿A ti qué te parece?» Aldous se sintió muy incómodo al escuchar esa alusión. Se limitó a menear la cabeza. El cabreo de Tony se transformaba en una especie de cordial malicia en presencia de Harry. Se cuidaba muy mucho de no criticarle de manera directa, pero intentaba desconcertarle a base de chistes e insinuaciones. Harry fingió no darse cuenta del rencor y la amargura que destilaba.

En cualquier caso, lo cierto es que se pasaba la mayor parte del tiempo fuera de los despachos de «Editorial». Siempre andaba corriendo detrás de algún suceso de allanamiento y agresión. Acudía a las bodas y los funerales. Aguardaba en el exterior de la comisaría de policía local a que llegara la furgoneta de las redadas. Se pasaba horas hablando con el viejo secretario de los tribunales, el señor Peabody, que era una de las mejores fuentes de información de la zona. El señor Peabody era un caballero de porte grave y circunspecto con una cierta afición al whisky. Solía hablar con toda elocuencia de las debilidades de uno u otro magistrado, o del sorprendente desenlace de un caso determinado. Sin embargo, conforme

iba trasegando vasos se volvía más ponderado, hasta que la conversación se empantanaba, como desvaneciéndose hacia un final que no llegaba nunca. Cuando alcanzaban esa fase, Harry sabía que había sonado la hora de largarse. Dejaba al señor Peabody en el bar, con el chiquito en la mano, contemplando solemnemente la hilera de botellas colocadas encima de la caja registradora.

–¿Hanway? ¿Hanway? –le preguntó una tarde a Harry.

–¿Sí, señor Peabody?

–Se me hace nombre conocido. Sí, ya me acuerdo. Es un apellido poco corriente. De lo más inhabitual. –Se puso a cavilar–. Hubo una joven que respondía a esas señas… Relacionada de algún modo con la judicatura… Hace años. Creo recordar que estaba llorando.

¿Quién era esa desolada joven? ¿Podía conservar el señor Peabody un vago recuerdo de su madre? Pero si así era, ¿qué había tenido ella que ver con el juzgado? Harry tuvo inmediatamente la sensación de que todo aquello se correspondía de algún modo con su desaparición.

Decidió consultar los archivos de la audiencia. Sabía poco más o menos en qué fecha se había esfumado su madre. Había sido a principios del invierno. Recordaba la sucia mezcla londinense de niebla y humo. Tenía diez años, así que buscó las fichas del mes de octubre de 1957. Resultaba muy fatigoso recorrer los informes de casos e incidentes largo tiempo olvidados. Pero revisó a fondo pruebas y sentencias, hasta que un nombre detuvo en seco el deambular de su atención. La señora Sally Hanway había sido llevada ante el juez el 22 de octubre de 1957. Harry notó que un sudor frío le recorría la espalda y desvió la mirada, fijándola en un aviso impreso pegado en la pared. Haciendo un esfuerzo de concentración volvió a zambullirse en el expediente, del que se había apartado un instante por una punzada de angustia que le había dejado sin

aliento. Y en ese mismo momento, Daniel y Sam Hanway también quedaron sobrecogidos por una sensación próxima al pánico. Harry continuó leyendo, enterándose de que la señora Sally Hanway había sido hallada culpable de incitar a la indecencia y atentar contra el orden moral. El juez la había sentenciado a tres meses de prisión.

Harry se levantó de la silla y recorrió el largo pasillo del edificio. Salió por la puerta de entrada, bajó los peldaños de piedra y llegó a la acera mareado. Se apoyó en una columna y aspiró una profunda bocanada de aire. De pronto le vino a la mente el destello de una imagen de Sally, de pie en la escalera del juzgado: con el dedo en los labios le hacía signo de permanecer en silencio. Regresó al archivo y volvió a colocar el pesado mamotreto en la estantería.

Sólo entonces, después de salir de nuevo a la calle, se dio cuenta de otra cosa. Su padre tenía que estar enterado de aquello. Por eso no había dado muestras de sorpresa. Por eso no hablaba nunca de su desaparición. Y los vecinos también tenían que haber estado al tanto de la detención de su madre. Movidos por un sentimiento de compasión o de bochorno, no habían dado señales de percatarse de su ausencia a los tres hermanos. También comprendió que, sabiendo lo que ahora sabía, no podía continuar viviendo bajo el mismo techo que Sam y Daniel.

En todo caso, la vida en el hogar de los Hanway ya no era como antes. Los hermanos se habían ido distanciando poco a poco. Daniel se pasaba las tardes estudiando, y Harry se consagraba a su nuevo empleo. Sin la compañía de los dos mayores, Sam había quedado desnortado. No tenía amigos y se pasaba todo el tiempo fuera del colegio, vagabundeando por las calles, sin saber qué hacer. Su padre había cambiado de oficio. Dejó el puesto de vigilante nocturno para conducir un camión de largo recorrido, haciendo periódicamente el

trayecto de Londres a Carlisle, así que pasaba menos tiempo que nunca en casa.

Harry aprovechó la ausencia de su padre para marcharse rápidamente sin ser visto. Encontró una habitación en una calle próxima a las oficinas del *Bugle*. Iba ligero de equipaje: todo cuanto poseía cabía en una maleta.

Daniel le vio prepararse y quiso saber a dónde iba.

–Pues mira tú, ésa es una excelente pregunta. Me largo. Me las piro.

–¿Para siempre?

–Nada es para siempre, atontado.

–A papá no le va a hacer gracia.

–A papá le gustará. Tendréis más sitio. Sam puede quedarse mi habitación.

Bajó la tapa de la maleta.

–Papá ni siquiera sabe que estoy aquí. ¡Nunca está en casa!

–¿Y adónde vas entonces?

–A la calle Carver.

★ ★ ★

Era una calle de casitas y tiendas pequeñas. Algunas de ellas se contaban entre los primeros edificios jamás levantados en los terrenos de Camden, a principios del siglo XIX, pero no habían sabido envejecer con dignidad. Sus amarillentos ladrillos se habían ido destiñendo, picados y cubiertos de mugre. La pintura de las puertas se estaba descascarillando y una capa de polvo oscurecía las ventanas. El repentino hueco que se abría en la fila de viviendas señalaba el punto en el que una bomba volante extraviada había aplastado un par de casas. Nadie se preocupó de volverlas a levantar, así que el solar vacío se hallaba cubierto de maleza y desperdicios. Las ventanas de la habitación de Harry daban a este descampado. Le había alquilado

la habitación a una pareja de ancianos irlandeses, los Stanton, que acababan de sufrir la pérdida de su hijo, víctima de la poliomielitis. Harry ocupaba ahora el cuarto del joven. Encima de la cama, en la pared, había colgado un crucifijo.

Era la primera vez que Harry vivía solo. Jamás se había visto como un solitario. Había perdido contacto con sus antiguos amigos del colegio, pero nunca se le hubiera ocurrido pensar que estuviera solo. Ni una sola vez salió de sus labios tal palabra. Sin embargo, ahora frecuentaba, sin compañía, toda una serie de cafetines de poca monta sin otra especialidad que los huevos fritos con patatas y salsa de carne. Fue de hecho la salsa la que le permitió conocer a Hilda. La chica estaba sentada en la mesa contigua a la suya en una tasca para obreros llamada Café Zodiac. Harry meneó la botella de salsa con tanto salero que acabó desparramándola por encima del plato de pudin con frutos secos, pasas y natillas de Hilda.

Se ofreció a pagarle un postre intacto y ella aceptó elegantemente la oferta. Era lo menos que podía hacer Harry. Después empezaron a hablar.

–Me parece –dijo ella– que vas a reírte de mí de un momento a otro.

–¿Por qué habría de hacer semejante cosa?

–Me da la impresión de que todo lo que hago resulta gracioso. No gracioso por divertido, sino por raro. La gente se ríe de mí sin razón aparente, porque la verdad es que yo soy una persona *seria*. –Hablaba de una manera directa, pero sus ademanes iban acompañados de una sonrisa tímida que a Harry se le antojó encantadora. La muchacha tenía un rostro redondo y muy bello–. Me llamo Hilda. ¿Eso te hace reír, a que sí?

–No.

–Pues debería. Es un nombre estúpido. En el Southend todas las chicas se llaman Hilda.

–Pero no pueden ser todas tan bonitas como tú.

–¡Vaya! Eso sí que me hace reír. Me parece que nunca has estado allí.

–¿Dónde?

–En el Southend.

–Pues la verdad es que sí he estado. Tenía necesidad de un poco de aire fresco.

–¿Y lo encontraste?

–No. Sólo olía a marisco y a algodón de azúcar.

–Exacto. *Exacto*.

–Y a pesar de todo lo pasé bien. Me gustó el ambiente melancólico de la zona.

–Pues de ahí es de donde vengo. –Y entonces se echó a reír. A Harry le pareció una risa deliciosa, inocente–. ¿Nombre y galones?, marinero…

–Me llamo Harry Hanway, y digamos que soy un soldado de primera.

–¿Y de dónde eres, Harry Hanway?

–Si buscas un monumento mío, mira a tu alrededor.

–¿Eres un paleto local?

–¡Acabas de dar en el clavo!

Y así fue cómo Harry y Hilda se hicieron amigos mucho antes de convertirse en amantes. Hilda formaba parte del «personal de secretaría» de un banco de la ciudad del que salía todas las tardes con la cabeza llena de anécdotas relacionadas con sus colegas. Parecía que las absurdidades del mundo la tenían permanentemente divertida, y era muy frecuente que iniciara sus frases con muletillas tipo «Nunca adivinarías lo que…», «No te rías, pero…». Harry sí que se reía. Empezó a escribir una breve columna semanal en el *Bugle* titulada justamente así, «No te rías, pero…», en la que retomaba algunas de las anécdotas de Hilda.

–La verdad es que soy una especie de huérfana –le dijo Hilda un día–. Me encontraron. En el quicio de la puerta de un médico de Tilbury. Al lado del muelle.

–¿Tu padre era marino?

–No lo sé. Ésa es la cuestión. En cualquier caso, me pusieron el nombre de una de las enfermeras del hospital. Aunque eso fue antes de que me adoptaran.

–¿Y quién fue?

–Papá y mamá. Bueno mis padres *honoríficos*. Ésa es la razón de que terminara yendo a parar al Southend, ya ves. Tenían una furgoneta de helados frente al embarcadero.

–¿Una de esas con un soniquete…? O sea, ¿con una campanilla?

–Tocaban «Cantando bajo la lluvia». Mamá solía servir helados como el «Chocolate Melody» y el «Vanilla Creamsicle». –Se echó a reír–. La furgoneta era de color fresa. –De pronto le vino a la memoria la camioneta y su bonito tono rojizo recortado contra el azul del mar y recordó que el sonido de las olas ahogaba a veces el sonsonete de su carillón–. Mi favorito era el de «Raspberry Wriggle».

Hilda vivía en una residencia para jóvenes solteras, y la casa tenía reglas muy estrictas respecto a las visitas masculinas. Habría sido muy difícil que Harry la llevara a su pequeña habitación del domicilio de los Stanton, sobre cuya cama campeaba un crucifijo. Tuvieron que conformarse con sobrevivir rozando siempre la relación física plena. Se veían en el parque. Se atrincheraban en las últimas filas de los cines de la localidad. Sus apasionados contactos sólo podían ser furtivos. Y lo que a otros les habría parecido embarazoso, a ellos se les antojaba divertido. Formaba parte de la comedia de la vida.

Cada vez que veía un drama romántico en la pantalla, Hilda se echaba a llorar. «No puedo evitarlo», decía. «Es una bobada, de acuerdo, pero es lo que hay. Y de todas formas, admitámoslo: soy una chica. Y Robert Mitchum es tan guapo. Se parece a ti.» Los ojos de Harry permanecían impávidos, y lo

cierto es que se aburría un poco con las películas que le gustaban a Hilda.

Un día, a última hora de la tarde, Harry extendió las hojas del *Morning Chronicle* sobre la hierba del parque del barrio para poder sentarse junto a Hilda en el suelo húmedo sin mojarse. A ambos les gustaba esta parte de Camden al comienzo de la primavera. Cuando ya estaba a punto de rodar sobre la espalda, Harry vio de pronto, de refilón, una noticia del periódico. Anunciaba la celebración de un concurso para escritores noveles, patrocinado por el propio *Morning Chronicle*. El tema propuesto consistía en completar el perfil de alguna personalidad del vecindario. «Fíjate, esto es interesante», le comentó a Hilda. «Es exactamente lo que necesito.»

Se acordó entonces del *Blitz Boy*, del pirómano al que había parado los pies en la iglesia de la Virgen de los Dolores. Era un buen asunto para un retrato literario, puesto que permitía enlazar la carnicería y el caos del 44 con la obsesión del tipo. El incendiario quería una existencia vinculada con las llamas. Y en Londres siempre había motivos para que se declarara un fuego.

El señor Peabody recordaba perfectamente el caso. Al propio Harry le habría gustado asistir al juicio, pero el hombre se había confesado culpable de todos los cargos, evitándose así el trámite del jurado y los testigos. También se había reconocido responsable de otros dos actos incendiarios, uno en un garaje y otro en un servicio de caballeros. Había sido condenado a tres años de cárcel y enviado a Wormwood Scrubs, donde fue periódicamente sometido a revisiones médicas. El señor Peabody consultó los archivos y descubrió el nombre de Simon Sim.

Harry solicitó permiso para entrevistar a Sim y las autoridades de la cárcel se lo concedieron. Después le escribió una carta a Sim, volviendo a presentarse, y para su sorpresa recibió

una respuesta amistosa. Llegaba así, una mañana de verano muy temprano, a Wormwood Scrubs. Sólo el nombre resultaba ya siniestro. ¿Qué podía ser peor que un trozo de madera agusanado? La concepción del edificio le daba aires de fortaleza, con un gran portalón de madera flanqueado por dos grandes torres. Harry aminoró el paso, vacilando un poco al aproximarse a la entrada. Tenía la extraña sensación de que, si cruzaba el umbral, no volvería a salir de allí. Se dirigió al funcionario de servicio y explicó el motivo de su presencia. Se oyó el ruido de unas puertas que se abrían y las enormes hojas de madera de la entrada se desbloquearon. Fue conducido al ala «C» y llevado a una salita en la que no había más que una mesa y tres sillas. Había una silla en ambos extremos de la mesa; la tercera estaba junto a la puerta. El aire de la cárcel olía a una mezcla de pintura fresca y patatas rancias.

Simon Sim se presentó escoltado por un guardia que se sentó al lado de la entrada. «Es estupendo volver a verle», dijo Sim. «Últimamente no me he sentido demasiado bien. Pero quería hablarle. Tengo la certeza de conocerle. ¿No le parece extraño?» Harry no comprendió lo que quería decir su interlocutor. «La verdad es que éste no es mal sitio para sufrir un acceso de fiebre.» El hombre contempló ponderativamente las paredes grises y la ventana asegurada con barrotes. «Esto le calma a uno. Le ayuda a reflexionar.»

–¿Se siente mejor ahora?

–Lo peor ya ha pasado. Sólo una o dos tiritonas de cuando en cuando. –Clavó la mirada en Harry con la misma fuerza lastimera que la otra vez, cuando forcejeaban en la iglesia–. ¿Le importaría explicarme, si le parece, por qué quiere verme?

–Quería que me dijera algo sobre las incursiones relámpago de la guerra.

–¡Vaya! Ése es un tema amplísimo. Enorme.

–¿Pero cómo fue?

–¿Que cómo fue? ¡Caramba, menuda pregunta! –La carcajada se le transformó en tos–. Así fueron las cosas. Caía una cascada de vidrio. Llovían cristales. Cualquiera que hubiera dirigido la vista al cielo se habría quedado ciego. Pero eso no era lo peor. –Había en su voz una especie de melodía intrigante–. Me alegro de que me atrapara. Si no, todo habría seguido igual.

–¿Qué edad tenía cuando empezó?

–Once. Doce. Una edad muy madura. A veces se oía un estruendo horroroso. Una noche salimos, después de que sonaran las sirenas, sabiendo que estaban cayendo bombas en la calle principal. Vi a una chica. Tenía la cara reventada y piedras incrustadas en las mejillas. Un hombre bajaba a la carrera la cuesta de la calle Hannaford, tratando de llegar al refugio, pero en ese preciso instante le alcanzó una bomba. Vi salir rodando la cabeza, como una pelota. –Hizo una pausa–. Éramos unos entusiastas. –Después Sim le contó a Harry el bombardeo de una fábrica de confituras y que los cadáveres aparecieron cubiertos de mermelada. Le habló de una chica a la que le volaron la espalda, de modo que se le veían los riñones. No dejaba de hablar mientras se la llevaban. Y así continuó desgranando una serie de relatos, narrándolos con una expresión de paz y a veces incluso de felicidad. Harry los anotó todos–. Ya le he dicho que le conocía –añadió Sim–. Nada más recibir su carta me acordé de su nombre. Se llama Hanway. –Harry asintió–. Sé quienes eran sus padres. Conocí a su madre. Una dama encantadora. –Harry le miró alarmado–. Al terminar la guerra trabajé en la tienda de comestibles de la calle Sutcliffe. ¿Se acuerda de ese colmado?

–Todavía sigue allí –dijo Harry.

–Solía comprar panceta para casa. A veces usted y sus dos hermanos la acompañaban. Era una mujer que siempre estaba alegre. Y ahora está usted aquí. ¿No le parece curioso cómo suceden las cosas? Y después, amigo mío, me encontró. No fui yo quien se topó con usted, sino al revés. ¿No le produce asombro?

–Querría saber más cosas sobre los incendios –aventuró Harry titubeantemente. Echó un vistazo al guardia, que se entretenía apretando y distendiendo los puños.

–¿Se refiere a mis incendios? Dios mío, no sé nada. No indago en mis motivos. No me gusta escarbar en las cosas, ¿sabe?

–¿Diría usted que guardan alguna relación con los bombardeos alemanes?

–Yo no haría demasiadas conjeturas sobre el particular. Podría no ser más que una pasmosa coincidencia. Existe la casualidad. Su madre me compraba beicon. Ahí tiene una. Y muy buena. ¿Dónde está ahora, por cierto? Su madre, digo.

–Ha muerto –contestó Harry.

–¿De veras? Solíamos hablar de la terrible escasez de cerillas. Y de papel matamoscas, también. Había muy poco en el barrio. ¡Y por Dios que estaba todo lleno de moscas!

★ ★ ★

Y así fue cómo Harry compuso el perfil de Simon Sim. Refirió la fiebre que le aquejaba. Habló de su tranquila y armoniosa voz. Un domingo por la tarde le leyó el texto a Hilda. Habían decidido dar un paseo junto al río Chelsea. Les gustaba mirar por las ventanas de las casas de la zona e imaginar que ocupaban aquellas habitaciones amplias y suntuosas.

–¿Crees que algún día lo conseguiremos? –le preguntaba ella.

–Desde luego. La esperanza es lo último que se pierde. –Y después añadía, tras una pausa–: Ya lo procuro. Y lo lograremos.

Se sentaron en un banco desde el que se divisaba el Támesis, y Harry sacó el artículo de uno de los bolsillos de su chaqueta. Hilda le escuchó con atención. Al terminar, le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso en la mejilla. Alguien

pasó caminando junto a ellos. Cuando acabaron de besarse, Harry levantó la vista. Creyó reconocer la silueta del individuo. Andaba dando grandes zancadas y tenía la cabeza inclinada. Era Sam. Estaba seguro. Le llamó alzando la voz. Pero Sam –si es que era efectivamente Sam– aceleró el paso. Después echó a correr, sin mirar en ningún momento atrás.

Harry quedó inquieto ante la súbita visión de su hermano pequeño. No había visitado a su padre. No sabía nada de Philip. Pensaba que Sam estaba enfadado o decepcionado por su repentina partida y que por eso le había rehuido. Sin embargo, Harry era de temperamento optimista y rara vez pensaba en su familia. Se quitó el asunto de la cabeza.

Una vez enviado el perfil de Simon Sim al *Morning Chronicle*, Harry vivió unas cuantas semanas de suspense. No le había contado a nadie del *Bugle* sus intenciones. Sin embargo, Tony captó al vuelo que se estaba cociendo algo.

–Te veo nervioso, Harry –le espetó reprimiendo apenas una sonrisa–. ¿Te pasa algo?

–Nada de nada.

–Bueno, pensé que debía interesarme. Entonces Tony se dio cuenta de que Harry leía todas las mañanas el *Morning Chronicle* con insólito interés.

–¿Tienes intención de dejarnos, Harry? –le preguntó nada más ver que George entraba en la habitación.

–Desde luego que no.

–Si estás tan seguro…

–Pues claro que estoy seguro. Gracias por tu interés, Tony.

De pronto, un sábado por la mañana, tres semanas después de haber enviado su trabajo, el *Morning Chronicle* publicaba su perfil de Simon Sim. Harry había ganado el concurso. Contempló extasiado su nombre escrito en letras de molde. Estaba demasiado excitado para aguantar el ajetreo de la calle, así que entró en un café y pidió una taza de té. Le podían los nervios y al

llevarse la bebida a los labios le temblaba la mano. Creyó adivinar su futuro. Había probado las mieles del triunfo y la ambición. A la semana siguiente recibió una carta en la que se le solicitaba que acudiera a cobrar en persona un cheque de 25 libras esterlinas en las oficinas del *Chronicle*. Era la oportunidad que había estado esperando.

Decidió presentarse solo, sin Hilda. Le habría entrado la risa, o llevada por los nervios quizás hubiera dicho algo absurdo. Harry sabía que, para conseguir el objetivo que se había propuesto –conseguir un empleo de reportero en el *Chronicle*– tenía que mantener la calma y la concentración. Debía trasladar una imagen de seriedad y profesionalismo. Desde luego, en el *Bugle* todos sabían lo que se traía entre manos. George Bradwell le había estrechado la mano y le había dicho que deseaba que se quedara en su periódico. Aldous había recibido la noticia con semblante grave y asentido con la cabeza. Tony no había mencionado el asunto para nada, y evitaba mirar a Harry a los ojos. Maureen le había dado un abrazo y la enhorabuena. Los dos jovencitos que la ayudaban se pusieron en pie y empezaron a aplaudir. Percy, el nuevo chico de los recados, hizo como que tocaba la trompeta. «Es el cornetín del *Bugle*»,* dijo. Percy era un chico muy alegre.

A la semana siguiente, Harry cogió el autobús número 48 para dirigirse a la calle Fleet. Había pasado antes por ella, pero nunca se había detenido. Nunca había estado en esa zona para nada serio. Sin embargo, esta vez le impresionó el dinamismo y la intensa vida que reinaba en el estrecho valle que formaban los altos edificios de los lados. No le fue difícil encontrar las oficinas del *Morning Chronicle*. El rotativo tenía su sede en un edificio de flamante aspecto recubierto de placas de vidrio y piedra de Portland. En el vestíbulo había un cons-

* Juego de palabras con la cabecera del diario. *(N. de los t.)*

tante flujo de personas entrando y saliendo. Harry anunció su presencia a la mujer que le atendía al otro lado de un gran escritorio y ésta le indicó que debía dirigirse a la oficina del subdirector, en la quinta planta. Al entrar en el ascensor Harry sintió que el corazón le latía con fuerza. Se notó un poco mareado. Avanzó por un pasillo. Entrevió una amplia sala con varios hombres de mediana edad volcados sobre la máquina de escribir. Los teléfonos no paraban de sonar. Junto a la puerta abierta le esperaba en jarras un hombrecillo de traje marrón.

–¿Dónde puedo encontrar al subdirector? –le preguntó Harry.

–Ya lo ha hecho. –El periodista le miró con ojos de lince–. ¿Y quién es usted?

–Hanway, señor. Harry Hanway. He ganado el concurso.

–¡No me diga! –El hombre iba muy bien vestido, con un pañuelo blanco discretamente asomado al bolsillo superior de la chaqueta. Tenía el nudo de la corbata muy apretado y los puños de la camisa almidonados. Era de corta estatura, pero a Harry le pareció corpulento y animado. Parecía un palomo en pleno cortejo–. Bueno, jovencito… Debo llevar un cheque en alguna parte… –El subdirector le escudriñaba con todo detenimiento–. ¿Dónde trabaja?

–En el *Camden Bugle*.

–¡No! ¿Y cómo le va a George?

–¿Perdón?

–¡Yo empecé en el *Bugle*! Con George.

Así se rompió el hielo. John Askew, el subdirector, quedó inmediatamente impresionado por la coincidencia. «¡Qué pequeño es el mundo, y cuánto más pequeña todavía la ciudad en la que vivimos!», debió de pensar. Le preguntó a Harry si tenía carné de sindicalista. El joven contestó que sí. George Bradwell había zanjado el asunto nada más unirse Harry al personal del *Bugle*. «Qué buena suerte», dijo Askew, casi para el

cuello de su camisa. «Es estupendo, magnífico.» Entró en su oficina y telefoneó a Bradwell. Como es lógico, Bradwell se mostró reacio a prescindir de Harry, pero no tuvo inconveniente en reconocer sus dotes de reportero. Quería que Harry consiguiera lo que él no había podido lograr.

–Arreglado, arreglado –soltó Askew al reunirse con Harry en el pasillo–. Sólo unas palabritas con el director.

Volvió veinte minutos después, cantando «*Oh, I do like to be beside the seaside*».

–Estás contratado –añadió, como sin darle importancia–. Y ahora, ¿dónde he metido yo ese cheque?

Y así fue cómo en la primavera de 1965, a la edad de dieciocho años, Harry Hanway se convirtió en reportero del *Morning Chronicle*.